

COLECCIÓN L'HEXAGONE, 14

EN SIRIA

© De los textos: Herederos de Joseph Kessel
© Traducción de José Jesús Fornieles Alférez
© Introducción de Leyla Dakhli
© Introducción a las fotografías: Liz Ronk
© Fotografías de Margaret Bourke-White

© Confluencias, 2017
www.editorialconfluencias.com

Corrección de pruebas: María del Mar Domínguez Álvarez
Maquetación y diseño: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Revisión editorial: Natalia Karpacz
Impreso en KADMOS Salamanca, España

ISBN: 978-84-946380-6-0
Depósito Legal: AL 1946-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JOSEPH KESSEL

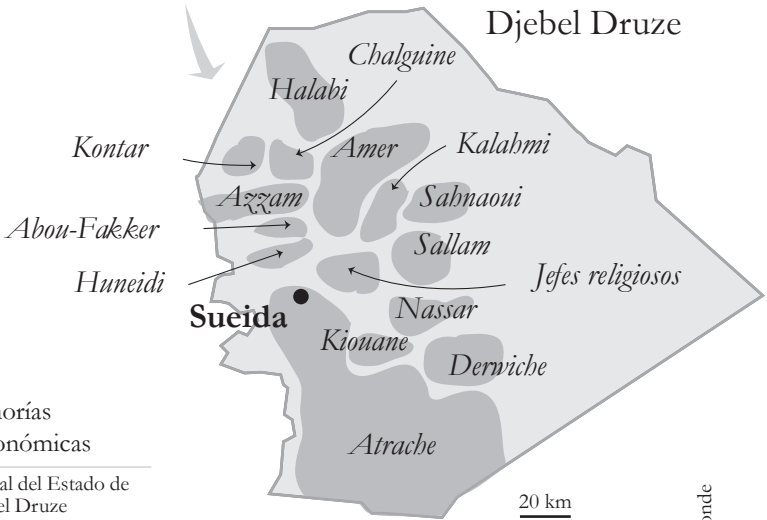
EN
SIRIA

Introducción de
Leyla Dakhli

Traducción de
José Jesús Fornieles Alférez


CONFLUENCIAS
EDITORIAL

LA DIVISIÓN DEL TERRITORIO EN CINCO «ESTADOS»



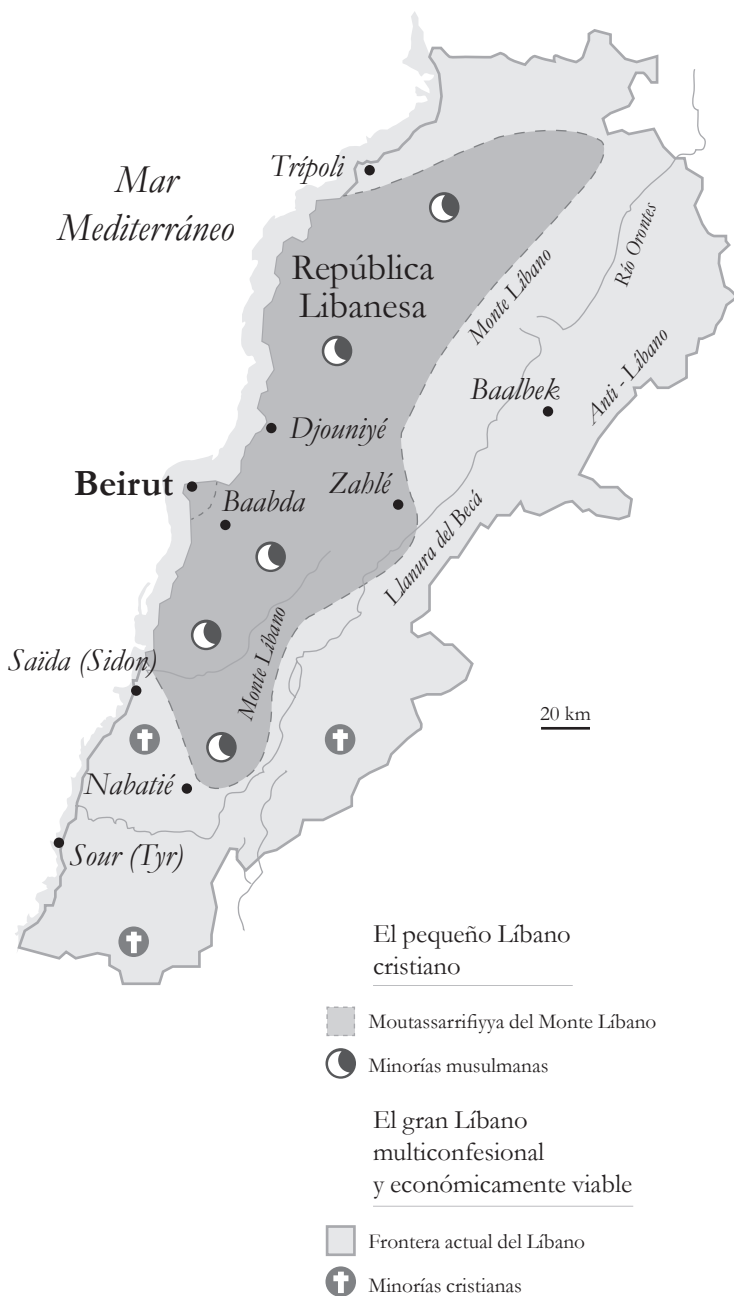
Minorías
autónómicas

- Capital del Estado de Djebel Druze

■ Límites de las zonas con influencias de las familias feudales drusas

□ Límite del Estado de Djebel Druze (1921-1936)

Nassar Nombres de las grandes familias drusas



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
ADVERTENCIA	23
UN VISTAZO A BEIRUT	25
EN LOS JARDINES DE DAMASCO	31
CÓMO LLEGUÉ A BOMBARDEAR SUEIDA	37
EL PASTOR NOCTURNO	43
EN EL VIVAC DE LA LEGIÓN	47
LA CIUDAD SUBTERRÁNEA	53
EL REY DEL POBLACHO	59
LOS ESCUADRONES CHERQUESES	65
EL CAPITÁN TABÚ	71
ANEXO	81
PRESENTACIÓN DE LAS FOTOGRAFÍAS	89



INTRODUCCIÓN

SIRIA Y EL LÍBANO,
BAJO MANDATO FRANCÉS

Después de la Primera Guerra Mundial, en 1920, la Sociedad de Naciones atribuye a Francia el mandato sobre Siria y Líbano. Entre los argumentos con los que justifican esta tutela francesa, más allá de la victoria sobre los otomanos y la argumentación colonial de la necesidad para las naciones más jóvenes de «ser guiadas hacia la autonomía», se encuentra en primer plano una misión específica de Francia: proteger a los cristianos de Oriente. Así, la instauración de los mandatos persigue, a la vez, las capitulaciones de Francisco I (acuerdos para proteger a los occidentales del Imperio otomano) y las intervenciones iniciadas después de la guerra de Crimea y consecutivas de los episodios de violencia interconfesionales, especialmente los sucesos del Monte Líbano y

Damasco en 1860. Esta política seguida por la Francia laica y republicana es defendida por grupos de presión en territorio francés que reunían a comerciantes, universitarios y cristianos católicos, en su mayoría muy próximos a los maronitas libaneses.

Para comprender la posición francesa es necesario mirar atrás. En 1913, los que se llamaban «nacionalistas árabes» se reunieron en un primer congreso en París. Partidarios de la independencia y defensores de la descentralización administrativa, querían lanzar un aviso a la Sublime Puerta y defender, con el apoyo francés, el camino hacia la independencia.

Se trataba del mismo impulso autonomista, aunque exasperado por la política llevada por los Jóvenes Turcos en las provincias durante la Primera Guerra Mundial, que produjo que una parte de éstos se unieran a la revuelta contra los otomanos convocada en 1916 por el hachemita Faysal, al que Londres había abierto la posibilidad de crear un reino árabe. Llevados por el ardor de las victorias militares, los combatientes del ejército árabe se instalaron en Damasco.

En marzo de 1920, el Congreso Nacional Sirio proclamó la independencia de Siria, que comprendía Palestina y Transjordania, y escogieron como rey al emir Faysal ibn Husein. La escuadra francesa se instaló de inmediato en el Líbano, controlándolo desde el mar. La Gran Siria quedó dividida *de facto* en la costa y el interior.

LOS ÁRABES ATRAPADOS
EN UN JUEGO DE ENGAÑOS

Paralelamente, en Europa se llevaban a cabo conversaciones de paz. Las poblaciones árabes del Imperio turco fueron consultadas vía la Comisión King-Crane, cuyos resultados no serán publicados hasta 1922, pero cuyo sentido general se conoce con rapidez: estas poblaciones se oponen masivamente a toda presencia europea y se oponen radicalmente a la declaración Balfour (establecer un hogar judío en Palestina); pese a ello, el mandato francés en Siria y el Líbano, así como el de los ingleses en Palestina e Irak, se presentan al mundo como «soluciones concertadas».

En la conferencia de San Remo de 1920, algunas delegaciones participaron en representación de las fuerzas locales, y es incontestable que tanto el emir Faysal como el patriarca maronita fueron unos de los protagonistas de ella, cada uno con reivindicaciones diferentes. No obstante, el acuerdo Faysal-Clemenceau —el cual reconocía el mandato sobre Siria— sería percibido como una traición por las poblaciones locales y, en especial, por los ejércitos árabes.

Francia tendrá que imponerse por la fuerza en Siria, y en Maysalum, el general Gouraud hace sufrir una sangrienta derrota a los irredentistas sirios, abandonados por sus amigos británicos. El rey Faysal se repliega a Irak.

Con la región bajo tutela francesa, la puesta en escena comienza por delimitar los territorios. Entre 1920 y 1922 se definen cinco provincias: el Estado de Damasco,

el Estado de Alepo, el Estado de los drusos, el territorio de los alauitas y el Gran Líbano. Una gran parte de este territorio es autónomo, como el *sandjak* de Alejandreta, reivindicado por los turcos a quienes les será «restituido» en 1937. Muy pronto, Francia concedió la autonomía al Gran Líbano, fiel a su alianza con aquellos que se llamaban entonces «los viejos libaneses», cristianos de las montañas protegidos por Francia desde hacía mucho tiempo, y con los habitantes de la antigua Moutassarri-fiyya, autónoma desde los tiempos del Imperio otomano. Este Gran Líbano comprende la montaña, Beirut y la banda costera; pero también el Djebel Amil en el sur, poblado principalmente por chiitas y drusos, y la ciudad sunnita de Trípoli, al norte. Así definido, este territorio forma un Estado viable, que se emancipa poco a poco de su vecino federal, Siria. Las otras entidades son subdivisiones semiautónomas de regiones, en las cuales Francia busca desarrollar una vida política y social local, con el apoyo sobre todo de los notables y propietarios de tierras. Esta política va en contra explícitamente de la solidaridad desarrollada durante el Imperio otomano, y pone término a las políticas árabes llevadas a cabo desde 1916 bajo la égida británica.

A la visión cartográfica de las fronteras y de las entidades regionales se asocia una comprensión de la sociedad por confesiones. El caso de los alauitas es muy claro. Las autoridades francesas crearon en 1922 «el territorio de los alauitas», sobre el modelo del «Gran Líbano», anexionando las ciudades costeras, históricamente separadas de la montaña alauita *stricto sensu*, y marginando ciudades mayoritariamente sunnitas como

Homs y Hamas (a las que es necesario añadir Trípoli, integrada en el Gran Líbano). El territorio se articula alrededor de Lattaquíé y terminó llamándose «Territorios de Lattaquíé» en 1930.

DIVIDIR PARA GOBERNAR MEJOR

Esta definición confesional del espacio y de las clientelas no consistió en trazar las fronteras exactas de una comunidad, sino de asegurar su dominio y, en el caso de los alauitas, instaurarlo sin que se produjeran reivindicaciones. Estas últimas no son unánimes respecto a la instalación de Francia en Siria. Uno de los opositores más poderosos fue Salah al-Ali, vencido en 1921. Otros, como el profeta-pastor Sulayman al-Murshid, aprovecharon la ocasión para proclamar su autonomía y construir una identidad específica, fundada sobre todo en la religión. Este proceso de creación identitaria tiene un éxito provisional en el reconocimiento de la secta alauita como musulmana por el gran muftí de Jerusalén, Amin al-Huseyn en 1936. Por otra parte, los alauitas, a menudo pobres y protegidos por la potencia francesa, proporcionaron hombres al ejército francés del Levante antes de ocupar la posición que ya conocemos en el ejército sirio. Así, el Mandato buscó reproducir en Siria el sistema de organización libanés, resultado de una construcción concertada entre las comunidades confesionales locales organizadas y sus lazos con Francia.

La conquista de Siria por Francia fue rápida, apoyada en alianzas y divisiones de las que supo obtener beneficios. En efecto, el reino árabe era sostenido, en lo esencial, por una población urbana y funcionarios

gubernamentales de origen popular. Las tradicionales élites otomanas se apoyaron en su clientela campesina y una red tejida bajo el Imperio, deviniendo entonces en unos valiosos aliados para Francia, que les permitieron mantener su prestigio en una escena nueva, apenas construida. En el seno de los nacionalistas la cuestión clase será la forma del Estado árabe y la delimitación de sus fronteras.

Pero existieron figuras notables que se opusieron al sistema de los mandatos. Los damascenos Jamil Marman Bey o Shukri al-Quwatli, el notable de Homs y presidente del Consejo Nacional Sirio, Hachen al-Atassi, el alepín Ibrahim Hananu o Riad al-Sulh, originario del sur del Líbano. En 1920, después de la derrota de Maysalun, sus caminos se separaron, las divisiones internas se multiplicaron mientras las autoridades mandatarias buscaban tranquilizar la inquietud generalizada. Cuando se extendieron los rumores del acuerdo Faysal-Clemenceau, las revueltas estallaron por todo el territorio. Los incidentes aumentaron, incluso en zonas que se consideraban pacíficas, como en aquellas que habían sido agregadas al Gran Líbano sin consultas: en Trípoli, en el valle de la Bekaa o en el Djebel Amil.

UN ORDEN COLONIAL MUY CONTESTADO

Cuando en 1925 se desencadenó la mayor revuelta siria, ésta pareció contradecir toda la política de gestión del territorio puesta en práctica por las autoridades francesas. Una comunidad autónoma, la de los drusos, tomó medidas para alcanzar su independencia, lanzando una orden de rebelión de acento árabe y pansirio. Parecía, entonces, que pertenecer a una comunidad religiosa o regional no tenía por qué impedir las aspiraciones a una unidad nacional, o a una entidad más vasta. Desde entonces, Francia se apoyó en una franja de notables nacionalistas y en organizar una política más republicana en las tierras orientales, dando lugar a un Parlamento y una Constitución con sistemas políticos muy peculiares en el Líbano y también a lo que se llamó República Siria Unida (1936).

En esta política, algunos orientalistas tuvieron un papel destacado. Entre ellos, el arabista Louis Massignon que, enviado a la región en 1927, juzgó severamente la política religiosa de Francia y propuso la alianza con los notables árabes, sobre todo sunnitas, para encaminarse hacia una autonomización progresiva de Siria y el Líbano. A partir de 1936, la política de división confesional no pareció intervenir en la gestión del territorio sirio.

Francia cumplió su mandato alternando periodos de negociación con las élites locales con periodos de tomas de decisiones irreflexivas. En los países en los que se constituye una vida política alrededor de los partidos y la clientela, la potencia mandataria representa el papel de

figura paternalista, aunque interviene con frecuencia con violencia cuando se forman alianzas contra su tutela.

La entrada en guerra de Francia contra Alemania, el 2 de agosto de 1939, pero sobre todo la división de los franceses entre partidarios de Vichy (Petain y Laval) y los resistentes, dieron la ocasión que aprovecharon los sirios para abrir su camino hacia la independencia. La obtuvieron en 1946. Entre tanto, el general De Gaulle había ofrecido aviones para contrarrestar los movimientos insurrectos. Si hubieran intervenido los británicos hubiera podido producirse otra guerra colonial.

Leyla Dakhli¹

Investigadora del CNRS,
Centro Marc Bloch de Berlín

¹ La editorial agradece a la doctora Leyla Dakhli la cesión de este breve ensayo como introducción al libro

JOSEPH KESSEL



EN
SIRIA

ADVERTENCIA

No se debería jamás emprender la descripción de un viaje. De entrada, estás vencido. ¿Cómo recomponer la estela de una flecha cuando ya ha caído a los pies de su destino? ¿Cómo hablar de una travesía cuando los movimientos del mar ya han cesado de verter en tus venas su balanceo sensual? ¿Cómo es posible pintar el desierto inmóvil mientras las ruedas de tu vehículo destrozan la arena dorada? ¿Cómo describir la angustia, la voluptuosidad, la expresión de una figura nueva, el fulgor de un rayo de sol, cuando no son espectáculos pasajeros, sino recuerdos fijos y muertos, huidos en el cementerio de la memoria? Pero ¡qué hacer! Si se ama, es necesario hablar del objeto que se ama. Y yo amo el Oriente.

No ha sido la literatura la que me ha provocado esta atracción. Tenía ocho años cuando, en la frontera de los Urales, veía llegar las caravanas de Bojara y de Persia conducidas por los kirguises de frente baja. Pude contemplar el noble friso que compone una fila

de camellos sobre el crepúsculo, o la forma en la que se arrodillan estas bestias admirables, antes de ver un automóvil. Una gran luz, fija, eterna, alrededor de la cual dan vueltas los buitres, los espacios en donde se siente a Dios —no a un dios errático sujeto a los dogmas de las religiones, sino al dios de las tierras y de los mares, de las plantas y de las piedras—, donde giran al galope los caballos salvajes y la bella marcha de los seres primitivos —todo esto que ha nutrido mis ojos inocentes y que no he olvidado nunca— los vuelvo a encontrar, en cuanto el cielo se extiende, se me aparece más alto, más seco, más duro; cuando los hombres adquieren una mirada de bestias en sus sueños profundos y la vida, de repente, más vasta y con más calma, respira como una docena de pechos despiadados.

Amo el Oriente y esta es la única razón, la única excusa de querer hablar. Porque lo conozco mal. No se va a él. Es preciso que él venga a nosotros, y para esto se necesita tiempo. He pasado, en dos ocasiones, tres o cuatro semanas en Siria. Eso es todo. Y aún he tenido que ejercer de periodista. Es decir, perdiendo la mayor parte de mis días con generales y altos funcionarios. Que el lector no se alarme. No se tratará de ellos aquí; sin embargo, estas preocupaciones han orientado mis viajes, siguiendo el curso de las intrigas y de los combates. Forzosamente encontrarás rastros de esta relación. Pero al menos he tratado de no pintar más que el patético reflejo que ofrecen.